

disgustarme. Su brazaleté ha sido devuelto á la joyería; mas como deseo conservar un recuerdo de usted, entre en la primera florería que encuentre, compre un pequeño ramillete de violetas, tenga como última bondad la de besarlo, y ese presente será el más precioso que pueda recibir de usted.

— » ¡Adiós, Santiago mío! Puesto que no quieres ver todo el amor desinteresado que existe en mi corazón, yo parto y no escucharás hablar más de mí.

» Ana. »

Cuando leyó la carta Santiago sintió una ligera impaciencia nerviosa: encontraba que la señora de Descharmais tenía la ventaja sobre él, y dió abrigo á la sospecha de que acababa de despreciar una afección sincera. Ese mismo día compró un ramillete de violetas de dos sueldos, lo besó y lo envió como se le había pedido. Después se esforzó por olvidar á la viuda, y en el curso del invierno contrajo matrimonio con Elena.

---

### III

De las siete á las nueve Santiago se asomó más de cien veces á la ventana para ver por la calle si llegaba su mujer.

El criado, que había ido á la portería con orden de vigilar la llegada de algún comisionado ó de algún empleado del telégrafo, á fin de subir sin pérdida de tiempo la carta ó despacho explicatorio, había esparcido la alarma por toda la casa, y los criados de los diferentes pisos comenzaron á agitarse en conjeturas y comentarios. La extrañeza de Prévinquières, en un principio mezclada de irritación contra Elena por el retardo, comenzaba á trocarse en azoramiento. Ya no se decía: — « Ahora cuando entre le voy á echar un buen sermón, porque es indisciplinable eso de olvidar la hora y no pensar que los demás entran en cui-

dado; » al contrario, lo que hacía era preguntarse si al cabo regresaría su esposa.

Pero... ¡ninguna sospecha, gran Dios! Ni una vez siquiera pensó que se había demorado en casa de algún amante : estaba seguro de su esposa, pero eso no impedía que pudiera haber sido víctima de cualquier accidente : una pareja que se desboca, un coche que vuelca, un cochero que hace caer su caballo al doblar de una esquina; y como en una evocación horrible, veía agruparse la gente, chocándose, gritando, y en medio, bajo las patas de los caballos, el pobre cuerpecito de una mujer atropellado, aplastado, inerte, que levantaban con precaución y conducían con miedo.

Y de tal manera sufría con esta angustiosa visión, que parecía sentir el corazón duro como una piedra y tenía momentos de verdadero loco : las lágrimas que asomaban á sus ojos, en vez de correr se detenían y le quemaban, y los suspiros que se amontonaban en su garganta parecía que le ahogaban. De pronto se lanzó sobre un timbre, lo oprimió desesperadamente y le gritó á la criada que, más muerta que viva, hubo de presentarse :

— ¡Córre á casa del señor de Dauziat!... Si no está, pregunte á dónde se halla!... ¡Condúzcalo

aquí!... ¡Tome un coche!... ¡Vaya pronto!... ¡vaya pronto!...

Así que la criada hubo desaparecido, se echó sobre un canapé, metió la cabeza entre los cojines y permaneció inmóvil, sin fuerzas, anonadado por el golpe de una fatalidad misteriosa y horrible : no comprendía nada, pero presentía que algo inesperado, é imposible de impedir, se estaba produciendo con la velocidad de las grandes catástrofes. Una hora transecurrió sin que hiciera un movimiento, postrado, insensible como una estatua caída. El ruido de la puerta que se abrió le hizo levantar la cabeza, y pensando que era su mujer lanzó un grito de esperanza; pero prontamente volvió á caer en la postración. No era otro que Dauziat, que llegaba pensativo y ya puesto al corriente por la criada, y quien dirigiéndose á su amigo y tomándole la mano le habló instándole á tomar valor y salir de aquel estado.

— ¡Vamos! hálame, no continúes así ¿qué has hecho hasta ahora?

Santiago pareció extrañarse : no había pensado en lo que se hace en tales casos, y en un instante la necesidad de enterarse, de advertir y de lanzar

á todos en busca de la desaparecida, hirió su imaginación poderosamente, y una excitación extrema sucedió á su completa atonía :

— Yo he perdido la cabeza... Tienes razón... Hace falta enviar á casa de mi tío, decirle que venga... prevenir á mi madre...

— É informar á la policía, dijo Dauziat. El comisario del barrio debía ya estar advertido...

Santiago lanzó sobre su amigo una mirada de terror :

— ¿Qué es lo que crees?

— Nada : preveo solamente. Supongo una indisposición súbita, un desvanecimiento en la calle ó en un establecimiento... Y si por casualidad tu mujer ha salido sin su tarjetero... ¿Quién es ella? ¿á quién prevenir? Se espera, se le cuida, se pregunta á los comisarios más próximos... La Jefatura está avisada; pero tú no puedes estarlo. He aquí una hipótesis... Por consecuencia, es preciso conocer lo que ocurre aquí de anormal, y es así como se hallará á alguno que participará que es la joven señora que está en tal punto, y nosotros correremos allá.

— Sí, eso es; ¿dónde tengo la cabeza? No he pensado en nada... ¡Pues bien!... ¡vamos!...

— ¿Á qué, pues? El teléfono irá más aprisa que nosotros... Quédate aquí y déjame hacer.

— ¡Ah, mi buen Dauziat, qué sería de mí sin ti! Me devuelves un poco de tranquilidad y de esperanza!...

El literato ya estaba en el gabinete de su amigo, y el timbre del teléfono denunciaba la actividad con que cumplía la misión de que se había encargado. La señora de Prévinquières, en su casa; el Comandante, en su círculo; la Jefatura de Policía y el Comisario del barrio, todo el mundo se hallaba informado, y Dauziat se comunicaba aún con este funcionario, cuando ya el Comandante llegaba á casa de su sobrino.

El militar fué el que dió las primeras noticias sobre Elena : la había hallado á las cuatro en casa de la madre de Santiago, en momentos en que partía, pero volvió á sentarse algunos minutos, para no aparecer que se retiraba cuando él llegaba, y luego se despidió diciendo que estaba de prisa. El Comandante le dijo entonces :

— Tengo un buen coche á la puerta : ¿quiere usted aguardar todavía un momento? Yo la conduciré...

Rehusó con mucha delicadeza, declarando que iba muy lejos y fuera del centro de la ciudad, al lado de Grenelle... Y como el Comandante demostrara extrañeza, le replicó :

— Es un asunto importante... Ya le contaré todo... Quizás usted se mezclará...

Fué imposible de obtener una explicación más completa, y después de haber besado á su suegra desapareció.

Al momento Dauziat comunicó á la Jefatura el poco preciso informe del Comandante. Era á Grenelle á donde la señora de Prévinquières se dirigía cuando él la vió por última vez. ¿Qué iba, pues, á hacer á ese excéntrico barrio en que no conocía á nadie? Alguna visita de caridad, sin duda, á una familia pobre.

Santiago tuvo una idea : fué á la alcoba de Elena y buscó alguna petición de recursos, como con frecuencia llegaban á su casa, y que su mujer hubiera dejado sobre la chimenea ó en una papelera colgada de la pared; mas no encontró nada. Pasó revista en el cuarto tocador, y junto á la ventana, caído entre los pliegues de la cortina, casi invisible, descubrió un sobre estrujado como una pelota de papel, con esta dirección :

« Señora de Prévinquières. »

Y sobre el sello de franqueo, esta marca de la sucursal de Comunicaciones :

« Calle de Milton — 16 Junio 94 — 3ª expedición. »

El sobre era de un papel ordinario; la letra gruesa y torcida denunciaba la mano de un hombre sin instrucción, y las manchas en que abundaba permitían suponer todo lo que había rodado sobre la mesa de algún café ó de alguna taberna. Santiago acercó instintivamente el papel á la nariz, y percibió un vago y débil olor de tabaco; después continuó sus pesquisas en la esperanza de apoderarse de la carta que había contenido dicho sobre, y que quizás le hubiera dado la explicación del misterio. Mas la carta debió sin duda ser llevada por su mujer, puesto que no pudo encontrarla.

Mostró el sobre á su tío y á Dauziat, pero ambos estuvieron de acuerdo en declarar que aquello no probaba absolutamente nada : todos los días se está expuesto á recibir de mendigos, verdaderos ó falsos, misivas tan asquerosas como la que revelaba haber contenido aquel sobre. El sello de

franqueo indicaba una oficina sucursal del Correo situada en un barrio completamente opuesto al que la joven se había dirigido. Sin embargo, aquel documento debía guardarse, pero con la casi certidumbre de que no sería de utilidad ninguna.

En la sala, en frente los unos de los otros, casi sin hablar, aquellos tres hombres permanecieron en espera, sumidos en una angustia que crecía por instantes, por que á cada momento también aumentaban las probabilidades de una catástrofe. En fin, á las once de la noche sonó en la antesala un golpe de timbre que á un tiempo los hizo saltar de sus asientos. Un ruido de pasos, el murmullo ahogado de una conversación con el criado y la prolongación de esta conferencia, ofrecían un carácter tan inquietante para ellos, que Santiago no pudo contenerse y sin aguardar más tiempo se precipitó fuera de la sala.

Bruscamente se detuvo al apereibir la puerta abierta, al portero y á dos hombres, uno de los cuales de aspecto bastante ambiguo, y quienes se descubrieron á su vista. El silencio reinó, tal como si las palabras que habían cambiado antes de su aparición no pudieran pronunciarse en su

presencia. Pero Santiago no se encontraba en un estado de espíritu capaz de soportar el menor retardo ni la más pequeña atenuación: quería ante todo y sobre todo saber, y dirigiéndose á los hombres les preguntó:

— ¿Qué noticias traen ustedes?

El más caracterizado de los dos se inclinó, respondiendo en un tono un poco bajo, con el fin evidente de no aumentar la tribulación de Prévinières:

— Sí, señor, mi compañero viene de la Jefatura, y el señor Comisario de policía vendrá dentro de un instante.

Santiago palideció más de lo que ya estaba, y le dijo con horrible excitación:

— Pero entonces... mi mujer... ¿se sabe ya lo que le ha pasado?

Los dos hombres guardaron un silencio que equivalía á la más terrible de las respuestas, y el joven lanzó un grito: le parecía sentir que agujas candentes le traspasaban el cráneo, y tambaleando como un árbol que se abate, hubiera caído al suelo si Dauziat, que había acudido, no le hubiese abrazado por la mitad del cuerpo y conducido hasta dejarlo sobre un canapé de la sala.

Y mientras que el Comandante se esforzaba en hacer que su sobrino volviera al pleno conocimiento, el literato llevó á los empleados de policía al gabinete para interrogarles con precisión y firmeza.

— ¿Han encontrado á la señora de Prévinières?

— Sí, señor.

— ¿Está viva?

— ¡Ay, no! la pobre señora!...

— ¿Qué le ha sucedido? ¿un accidente?

— Es bien probable que no.

— ¿Un crimen?

— Eso es lo que todo permite creer.

— ¿Adónde la han encontrado?

— En el boulevard Contrescarpe, en un coche.

— ¿Muerta?

— Muerta.

— ¿Y el cochero?

— No había cochero.

— ¿Se fugó?

— No, señor: coche robado, como viene aconteciendo desde hace algunos meses. El cochero se presentó á las tres de la tarde en la Jefatura, para advertir que el coche de la Compañía Pari-

siense número 7,322 le había sido robado mientras tomaba una copa en una taberna de la calle de Oudinot. Por lo común, el carruaje se recoge abandonado en alguna esquina del distrito, el caballo y los arreos se venden en provincia; todo lo que viene á ser una buena pérdida para la empresa... Pero esta vez es muy probable que el coche haya sido robado para servir al golpe de mano...

— ¿Pero cómo fué muerta esta desgraciada señora?

— Cuando se la encontró, tenía al rededor del cuello un pañuelo de seda fuertemente amarrado, de esos pañuelos que sirven de corbata... Eran las nueve de la noche y la muerte podía remontarse á las cuatro ó las cinco de la tarde, porque el cuerpo estaba ya rígido y frío.

— ¿La han robado?

— Sí, señor: le faltaba el portamonedas, y las sortijas y los pendientes le fueron arrancados... Además, ha debido haber lucha entre la víctima y el asesino, porque aquélla tiene los puños hinchados y dos dedos partidos.

— ¿Adónde han conducido á esa pobre mujer?

— Como de costumbre, al Necrocomio.

— ¡Pero eso es horrible!

— Usted no ignora, señor, que una autopsia es necesaria...

— ¡Qué acrecentamiento de dolor para el desventurado esposo, que sin esto ya se encuentra horriblemente abrumado!...

Dauziat quedó algunos instantes silencioso, como si reflexionara profundamente, y después preguntó:

— ¿Han buscado ustedes en los bolsillos de la señora de Prévinquières? ¿no han encontrado nada que pueda servir para reconocer al culpable? ¿ninguna carta? ¿ningún papel?...

— Es por donde hemos comenzado; pero la joven señora había sido ya registrada con cuidado por el asesino, y le faltaba hasta el pañuelo de mano...

— Está bien, doy á usted las gracias, dijo el literato, y si algún otro informe tengo que pedir ó alguna otra indicación que dar, ¿dónde encontraré á usted?

— Yo pasaré por aquí mañana temprano, señor.

— Está bien.

Y volvió á la sala, de donde salía un ruido de palabras confusas y de lamentos contenidos: San-

tiago, sentado junto á su tío, lloraba amargamente, y esta explosión de dolor le desahogaba y le permitía comenzar á darse cuenta de sí mismo. Al ver á su amigo, pudo ponerse de pie y arrojarse en sus brazos: éste le hizo sentar otra vez, y respondiendo á sus ansiosas preguntas le fué poniendo cuidadosamente al tanto de su situación horrible. Aquel relato parecía una ilusión formidable, y cuando se meditaba más en el trágico acontecimiento, menos se llegaba á comprenderlo y admitirlo. ¿Por qué aquella muerte? ¿por qué aquella asechanza? Porque era cierto que el crimen había sido preparado y que la víctima fué llamada con engaño. Las palabras pronunciadas por ella, y transmitidas por el Comandante, en el momento en que se disponía á acudir á la cita del barrio de Grenelle, eran la prueba cierta. Pero ¿quién había cometido el crimen, y qué interés existía en haberlo llevado á efecto?

Á esta cuestión Santiago no daba respuesta; bien es verdad que el pobre no podía dar ninguna: no conocía enemigos; no sospechaba de nadie que pudiera alimentar contra su joven esposa un odio tan implacable. Así lo expuso á su

tío y á Dauziat; pero mientras aquél convenía plenamente, él otro permaneció absorto.

Las doce de la noche habían sonado, y el militar anunció su intención de ir á casa de la madre de Santiago para comunicarle la novedad con todo el cuidado posible y según el estado en que la hallara. Besó á su sobrino — que volvió á llorar copiosamente — dió un apretón de manos al escritor y partió dejando á los dos jóvenes reunidos.

— ¿Te vas á quedar conmigo, no es cierto? preguntó Prévinquières.

— ¿Lo has dudado? le dijo el novelista. No soy hombre capaz de dejarte entregado á ti mismo en una situación tan triste.

Vino un momento de silencio, después del cual Santiago le interrogó con voz ahogada:

— ¿Por qué moviste la cabeza hace poco, cuando declaré que no creía que mi pobre mujer hubiera sido víctima de un fin interesado?

Dauziat bajó la frente y no le respondió.

— ¿Tienes, pues, alguna sospecha que no quieras participarme? insistió el desconsolado marido.

— ¿Una sospecha? La palabra es bien dura para formular la impresión que he sentido hace

poco, porque ha traído á mi espíritu una original asociación de recuerdos, y en el momento preciso en que afirmabas que persona ninguna estaba interesada en matar á tu mujer, súbitamente y bien clara se me ha presentado la imagen de la dama vestida de gris.

— ¡Ana! gritó Santiago palideciendo.

— Sí, tal como se nos presentó la primera vez que la vimos en el puerto de Granville, con su paso flexible y firme á la vez, su mirada extraña y aquel no sé qué de misterioso que atrajo nuestra atención de modo tan marcado.

— ¡Ana! repitió Santiago; ¡qué locura! La pobre mujer es bien incapaz de haber tenido solamente el pensamiento de un crimen semejante!...

— Es por eso por lo que te he dicho antes que la palabra *sospecha* no expresaba exactamente mi impresión... No, no sospecho de la señora de Descharmais... Sin negar, á pesar de eso, que á mis ojos es la sola persona que ha podido abrigar malas intenciones contra tu mujer y contra ti...

Santiago movió la cabeza en señal de duda:

— ¡No!... ¡no!... La señora de Descharmais no hubiera cometido ni instigado á cometer un cri-

men parecido. Pero en la obscuridad que nos rodea, ningún indicio, — aunque sea tan poco aceptable como ese — debe abandonarse : yo me enteraré de las averiguaciones que se han llevado á cabo, nada más que para establecer la inocencia de Ana...

— ¿No has tenido nunca noticias de ella después de la ruptura?...

— Nunca : me previno que no oiría hablar más de ella, y es demasiado altiva para faltar á su promesa...

— ¿Cuándo te casaste no te escribió?

— No.

— ¿Y sabes dónde vive?

— Sé por el movimiento de cambio de domicilio y de personas que marchan al campo que publican los periódicos, que la señora de Descharmais habita en Niza en el invierno y en Ville d'Avray durante el verano : sin duda que aún tiene su apartamento de la calle de la Chaussée d'Antin ; ella es rica.

— Te amó mucho.

— Sí, creo que mucho, y sintió una gran pena cuando nuestra separación ; pero es bastante inteligente para no haber comprendido que lo más

razonable para mí era dejarla en seguida...

— Pero ha podido guardar resentimiento...

— ¿Siempre esa idea?

— ¡Eh! yo trato de aclarar simplemente...

Cierto es que si la señora de Descharmais está en Niza, tiene ya motivo para probar su inocencia... Á menos que no tenga un cómplice muy hábil y muy seguro...

— ¡No! gritó Santiago, ¡todo eso es imposible! En esta espantosa desgracia no hay más que una incomprendible fatalidad : hay momentos en que dudo de la realidad del crimen, por que talmente me parece inverosímil. ¿Por qué asesinar á esa inocente y dulce criatura? ¿con qué objeto una ferocidad tal? Ella hubiera dado su dinero y sus prendas sin necesidad de que la hubiesen matado. ¿Y la mataron por temor de ser denunciados? ¡Cosa bien inútil por cierto! Se le hubiera comprometido á callar, y ella no hubiera dado parte del acontecimiento ; ¡pero asesinarla!... ¡Oh, monstruo, oh infame bandido!... ¡Y no poderme vengar de él ; no conocerlo ; no poder encontrarlo frente á mí para devolverle el mal que me ha hecho, para oprimirle la garganta á mi vez y para escucharle quejarse, aullar, roncar y deba-

tirse entre el estertor de la más horrible agonía!...

El desgraciado volvió á caer víctima de un nuevo síncope, y en sus dolorosos espasmos se torcía las manos exasperado é impotente. La noche trascurrió interrumpida por diálogos aflictivos y crisis de lágrimas entre aquellos dos jóvenes que no se ocultaban nada de lo que pensaban y que no tenían por qué observar ningún cumplido el uno para con el otro.

Con el nuevo día vino el horror de las situaciones análogas. Durante algunas horas Santiago estuvo al abrigo de la curiosidad mortificante y de las investigaciones dolorosas.

Desde el amanecer el apartamento vióse sitiado por los noticieros de los periódicos, que se instalaron como en país conquistado haciendo comprender bien que el crimen les pertenecía y que el escándalo era del dominio de ellos. Felizmente Dauziat libró á Santiago de lo atroz de estas entrevistas: reunió, á pesar de las protestas, á todos los buscadores de noticias y les dictó los informes que reclamaban, y luego á cada uno encontró medio de deslizarle en la oreja algún dato que tuvo el arte de hacer creer que era inédito, despidiéndolos á todos satisfechos. Algunos qui-

sieron aprovechar la ocasión para que les informara sobre su próxima pieza teatral; pero el escritor supo contrarrestar á tiempo aquella fuerza del furor periodístico, con toda su habitual galantería.

Mientras, Santiago se las había con un juez de instrucción que no estaba lejos de pensar que el asesino ignorado podía ser muy bien el mismo marido, al que no titubeaba en presentarle cuestiones á las que el desgraciado respondía con una sinceridad tan palpable, que el magistrado hubo muy pronto de renunciar á la nada loable tarea de martirizar á un inocente. Fué necesario que diera otro rumbo á sus investigaciones, en cuya faena no encontró más que tinieblas y vióse vencido. Pero los rodeos á que se entregaba no podían menos de interesar á un observador como Dauziat. El pobre Prévinquières se encontraba muy turbado para poder darse cuenta de la enfermedad intelectual de aquel hombre que tenía el derecho de disponer de su libertad, de su honor y de su vida.

Como Santiago le participara al juez la desconfianza que hacia la señora de Descharmais había manifestado su amigo, éste vió reanimarse el ojo

del magistrado y engolfarse entonces en cuestiones sobre el pasado de la joven, sobre sus relaciones con Prévinquières, su carácter, hábitos y origen de su fortuna. Se había lanzado sobre una pista nueva y bien clásica y existían precedentes para guiarlo: recobró su fuerza y lucidez y dispuso ya cómo había de formar el legajo correspondiente.

Pero como antes de partir quisiera hablar con Dauziat, encontró al literato menos amable que á su amigo. Inquieto de ver al funcionario disponerse con mucho ardor á perseguir á la señora de Descharmais, ensayó Dauziat de moderar un poco aquel entusiasmo; pero conoció pronto que perdería su tiempo y se hizo esta reflexión: que si Ana era culpable, bien estaba que cayera bajo la mano de la justicia; y si inocente, ya podría demostrarlo con facilidad, y si lo necesitaba se le ayudaría. Declaró que no sabía nada de lo que concernía á la señora de Descharmais y al señor de Prévinquières, sino lo que éste había tenido á bien contarle; que no tenía informe ninguno personal que comunicar, y que por consecuencia, se consideraba, con el permiso del señor juez, extraño al asunto.

La idea de perder su tiempo en el Palacio de Justicia haciendo antesala, le parecía insoportable, y tomaba empeño por sustraerse á todo esto. Sin embargo, no pudo evitar otra pena mucho más grande, como fué la de acompañar á Santiago con el Comandante al reconocimiento del cadáver. La escena fué tan preñada de angustia como grave y silenciosa: ni un grito de desesperación, ni una demostración dramática: solo el horror, la tristeza, la piedad profunda ante aquella inocente y dulce víctima, que á penas desfigurada por la muerte, dormía su último sueño.

Todos salieron presa de una emoción extraordinaria, y Santiago pudo por fin acudir á abrazar á su madre, quien lloraba sinceramente á aquella niña que había conocido lo bastante para tener que llorarla toda su vida. Luego el pobre joven entró en su casa, en el vacío aterrador de su morada de duelo, más desgraciado entonces que á las primeras horas de agitación y de movimiento extraordinario que habían precedido al silencio y la quietud imponentes que caracterizan esa situación terrible. Así, pues, Santiago se hallaba solo consigo mismo, con sus meditaciones, sus lágrimas y su mutismo.

Dauziat hacía todo cuanto le era posible por distraerlo, pero no podía romper con las obligaciones de su vida de trabajo : todo el tiempo que no le consumían sus ocupaciones se lo dedicaba, y en la compañía del escritor Santiago se animaba ; pero la soledad en que se veía sumido le producía un fastidio incommensurable. Ensayó trabajar consagrándose á su profesión con mayor actividad y celo que antes ; mas como nada se improvisa, en todo es necesario prepararse para obtener resultado, y así, los clientes, que con la mayor facilidad hubieran llegado hasta él al comienzo de su carrera, cuando podían pensar que los recibiría con satisfacción, le fueron rebeldes cuando tuvo el deseo de llamarlos. También se veía, por un punto de orgullo, impedido de acudir á estrados : ¿ cómo había de presentarse ahora delante de aquellos que parecía haber desdenado antes ? Quedó, pues, sin ocupación, enfermo de tristeza y de pena y atormentado por la dolorosa idea de que era un hombre inútil para los otros y para sí mismo.

La instrucción seguía su curso, y la sumaria, bastante bien llevada por la policía, vino á demostrar la perfecta inocencia de la señora de Des-

charmais. La viuda había dejado á Niza y habitaba en Cannes, población mucho más fácil de vigilar y donde toda ida y venida era más señalada. Desde el día de su instalación en la ciudad de los sicomoros, Ana no se había movido y llevaba una existencia por demás regular : salía siempre á las mismas horas, veía las mismas personas, todas muy honradas, y nada en su actitud denunciaba la más ligera turbación, á no ser el día en que los periódicos relataron la trágica muerte de Elena. Esto fué un lunes : la señora de Descharmais, aunque no se distinguía por una devoción muy ardiente, fué á misa y al volver á su casa se le notaron los ojos irritados como los de una persona que ha llorado. Después, ninguna otra manifestación : salía con menos frecuencia, paseaba por los lugares menos concurridos y parecía triste. He aquí cuanto la vigilancia más minuciosa pudo hacer constar en el sumario.

El juez de instrucción, ante el desplome de su segundo andamiaje judicial, rabiaba á más y mejor : necesitaba un culpable, y no podía encontrarlo : en París, nada : el vacío, la obscuridad, el silencio, el misterio : un coche robado sin saberse por quién, y un cadáver llevado á un punto

cualquiera de la ciudad, á un arrabal quizás, por los malhechores misterios. Pero ni un rastro, ni un testigo, ni una prueba por débil que fuera, como si fantásticos asesinos hicieran sus víctimas y desapareciesen luego entre la obscuridad más impenetrable. Pero era necesario moverse, husmear, hacer algo, en fin, aunque fuera sin norte ni indicio ninguno. Un exhorto se envió á Niza para que la señora de Descharmais fuera interrogada: se quería oír el timbre de su voz, conocer sus explicaciones y examinar el contenido de ellas.

La joven viuda apareció ante el magistrado en apariencia muy turbada, pero en realidad bien tranquila. Respondió con precisión y comedido de manera de disipar todas las prevenciones, al extremo que no era posible — á menos de estar loco — continuar sospechando de Ana después de la entrevista que celebró con el juez comisionado para interrogarla. Habló del señor de Prévinières con una simpatía atrayente, expresando en términos indiscutibles el horror que le había inspirado la noticia del crimen cometido: derramó algunas lágrimas al referir que había ido — en recuerdo de Santiago — á rogar por el reposo del alma de aquella que él acababa de perder. Esto

fué perfecto, casi demasiado perfecto, y se hubiera podido reprochar en toda esta ostentación de excelentes sentimientos un exceso de habilidad. Pero el magistrado no se ingenió para buscar las razones que hacían á la señora de Descharmais tan tierna y tan dulce, cuando ella aparecía tan inocente como no podía estarlo más. Remitió á su colega de París el interrogatorio acompañado de algunas notas particulares, y tras una furiosa explosión de amor propio vencido, el juez instructor no tuvo otro remedio que resignarse á dar el asunto por terminado.

Para Santiago fué una verdadera satisfacción saber que la señora de Descharmais había sido declarada absolutamente extraña al acontecimiento que había trastornado la marcha de su vida. La necesidad de considerar á la joven como una Hermiona que se venga con crueldad, hubiera contrariado singularmente la idea que él tenía de ella: no quería figurársela tan sombría y tan amenazante, y le complacía poder abrigar con justicia su opinión. Algunas veces se decía que la desgracia que lo había herido era tal vez un misterioso castigo por su conducta tan dura para con Ana: por mucho tiempo había separado de su

memoria la imagen de la señora de Descharmais; pero desde que la sospecha de Dauziat y la persecución del juez habían refrescado y como revivido el recuerdo de la joven, se complacía en evocarla, y esa evocación era un consuelo para su tristeza y un alimento para su desvarío.

Retraído en su casa por el luto, se aburría hasta la desesperación: habituado á la vida bien improductiva de los ociosos, no sabía qué hacer de su tiempo: su Círculo y los teatros le estaban cerrados por el respeto á las conveniencias sociales, no salía á la calle sino de día y para hacer el ejercicio necesario á la salud, y para ahuyentar las ideas fúnebres que le asediaban había acudido al recurso de la lectura. Pero este no pasaba de ser un recurso limitado, porque toda la hojarasca publicada al día le fatigaba sin distraerle, y al fin vino á juzgar la vida y á preguntarse si ella merecía la pena de conservarse.

Una noche, al llegar, Dauziat se sorprendió de la alteración del semblante de su amigo: le interrogó, y visiblemente afectado por la amargura de sus respuestas, trató de calmarlo haciéndole reflexiones y mostrándole todas las compensaciones que podía tenerle reservado el porvenir.

— ¿Cuáles? gritó Santiago con aspereza. ¿Á qué quieres que me dedique? ¿Acaso poseo un arte, una industria, ó siquiera un oficio que me interese y me ocupe? ¿Qué satisfacciones puedo obtener de la vida? Socialmente, ya no soy nada, porque si me asaltara la descabellada idea de quererme casar, ¿qué mujer uniría su suerte á la mía? ¿no inspiro, pues, la repulsión, y no soy como un ser fatídico que lleva la desgracia consigo? Á los ojos del mundo, yo tengo dibujado en el semblante el reflejo de la catástrofe de que he sido víctima, y parece que camino envuelto en un velo mortuario... En fin, sé muy bien que muchos no soportarán mi presencia sin sentir un verdadero malestar... ¡Y vienes á hablarme de compensaciones!... Tú mismo sabes perfectamente que no puedo esperar, y que si dispusiera de un poco de energía, dejaba á París para irme á ocultar en algún rincón de provincia donde nadie me conociera, para vivir solitario en los campos y entre los bosques. Pero no tengo ese valor, y la perspectiva de hallarme en frente de mí mismo me parece insoportable. En suma, ¿qué he de hacer? Si he de continuar tan desdichado, vale más acabar de una vez.

— ¿El suicidio? He aquí la conclusión á que

llegas : como un inglés embrutecido por el disgusto de la vida, piensas meterte una bala en la cabeza. Vamos, mi querido Santiago, ¿meditas bien lo que dices ? ¡ Cómo ! ¿ Desesperas del porvenir, te juzgas muerto moralmente en un país en que todo recomienza con una rapidez prodigiosa, donde las impresiones se borran, los sentimientos se modifican, las opiniones se alteran de un día á otro, al punto que todo parece posible, pues hasta un hombre deshonrado ayer por la más crapulosa conducta y á quien nadie contesta el saludo, al cabo de un tiempo, que nunca es muy largo, no á cambio de una conducta ejemplar, pero sí por el solo efecto de la ligereza de nuestros contemporáneos, se ve acogido, mimado, obsequiado, en fin, como si jamás hubiera sido otra cosa que la flor de la virtud ? Eres rico, cuentas treinta años, ¿ y ya piensas abandonar la vida porque no sabes qué hacer ? Pues bien, mira en torno tuyo : la sociedad entera es la que te representa la comedia, y no necesitas más que tomar tu asiento y aprovechar el golpe de vista. Hace pocos momentos me hacías del mundo una descripción bien negra, pero no exacta. ¡ Qué ! ¿ temes lo que puedan decir los títeres ? ¡ Bah !... bien esclavos están de

los placeres, para darse el trabajo de ocuparse de tus penas. ¿ Crées que te huyen ? ¡ Qué error ! ¡ si no te ven ! Cada uno corre hacia el fin que le está marcado y en que espera hallar su dicha, pero no todos á la conquista de la misma dicha, felizmente, porque la competencia vital, ya terrible, se transformaría en feroz. Para un pobre diablo, su dicha es una buena comida á la hora en que el gas se enciende ; para el enamorado, es una cita con su bella dama, quien viene de engañarlo y quien después va nuevamente á hacer lo mismo ; para el ambicioso, es un acrecentamiento de influencia ó de poder ; para el jugador, es una serie de triunfos al bacará sobre las dos mesas ; para el artista, es ganar la medalla de honor en un salón de pinturas ; y para éste tu servidor, es una pieza que alcance trescientas representaciones, ó un libro que se venda de manera que haga babear la crítica. ¡ Ah, mi buen Santiago ! no creas á los hombres tan mal intencionados, porque sobre todo son indiferentes : en vez de pretender que todos sean como tú, tómalos por el lado débil, ofréceles diversiones, dedicales elogios, regálalos con buen vino, dales dinero, y ya los verás llegar como los pájaros desde los cuatro ángulos de la

tierra cuando se siembra el grano en la llanura. Hablas de levantarte la tapa de los sesos, y esa locura sería irreparable. ¿Quieres — aunque sólo sea por distraerte — cercenar tu fortuna? Pues funda un periódico, y de un solo golpe descenderás hasta el fondo de la bajeza humana: verás al mundo boca abajo ante esa fuerza irresistible é incontestable: el reclamo. ¡Cómo! ¿No tener nada que hacer, ser rico y no saber en qué emplear su vida y sus rentas? Eso que dices es imaginario, porque nadie debe estar sin ocupación cuando puede consagrar sus días á estudiar sus semejantes y á despreciarlos.

Santiago escuchó pensativo á su amigo, y no le dijo como otras veces: — «Pierdes una crónica.» La verbosidad de Mauricio le distraía y le separaba de sus ideas sombrías: entregado á él mismo, hubiera indudablemente cometido alguna locura; pero en contacto continuo con el escritor hallaba poco á poco la firmeza de espíritu y entraba en convalecencia moral. Vino el verano, y como en tiempos en que ambos eran solteros, marcharon á vivir á la orilla del mar.

Buscaron un sitio un poco retirado y que no estuviera, sin embargo, absolutamente privado

de recursos. Muy cerca de Avranches descubrieron un pueblecito enclavado en una pequeña elevación rocallosa, ofreciendo, por la salida de un vallecito, una deliciosa vista de la campiña.

Se alojaron en una posada toda nueva construída con retoques de decorado que olían á la *Ópera Cómica*. En el primer piso tenían el disfrute de dos habitaciones y de un salón: un balcón de madera recortada, al que trepaba una viña virgen, les servía de observatorio, y en la tibieza de una agradable noche, extendidos sobre anchos sillones de paja, declararon á la par que en ese tranquilo desierto pasarían agradablemente algunas semanas. Un riachuelo que desembocaba en el mar por entre las rocas enverdecidas por el fucos, atravesaba las praderas donde pastaban las tardas y pesadas vacas que surtían de leche las playas vecinas. Un barquichuelo plano, descubierto bajo unos sauces y perteneciente á un arrendatario, servía á los dos amigos para pasar días enteros entre la frescura del agua y el olor de los prados. Santiago pretendía pescar, pero vanamente mojaba su caña, porque apenas si turbaba la tranquilidad de los peces, que brillaban al sol como rayos de plata; Dauziat soñaba, ten-

didó sobre los tablonés ó fumaba mientras contemplaba el cielo.

Dos semanas hacía que gozaban de esta existencia reparadora. Santiago no hablaba ya de expatriarse ó de morir, y Mauricio había terminado el cuarto acto de su nueva pieza, cuando el empresario á quien se la tenía prometida lo llamó á París para arreglar una importante dificultad de interpretación. Prévinqüières acompañó á su amigo hasta la estación del ferrocarril, le recomendó que volviera prontamente, y Dauziat le prometió estar de regreso dos días después. Mas no tuvo en cuenta las mil exigencias y dificultades de una estada en la capital, por corta que sea : encontró á su editor, quien lo llevó á comer al campo; la dama joven quiso hacerse explicar su papel, á fin de estudiarlo en las vacaciones y estar dispuesta para el día de la reapertura; fué necesario entenderse con los decoradores y tapiceros; en una palabra : el dramaturgo, en vez de estar los dos días prometidos, tuvo que quedarse cinco, y mientras, Santiago, que tenía tanta necesidad de guía y de consejos, estaba entregado á sí mismo.

La primera noche se aburrió considerable-

mente : el paisaje le había parecido sombrío ; la puesta del sol, siniestra : no pudo quedarse mucho tiempo en el balcón, donde había pasado tantas horas hablando con Dauziat, y bajó á la playa á pasearse solitario y melancólico, pensando que su amigo estaría pronto de regreso y que él no se aburriría más.

Por la mañana recibió una carta de Mauricio anunciándole que estaría ausente más tiempo del que había calculado : este le causó una contrariedad tal, que no quiso continuar solo, y á fin de hallar distracción se hizo conducir en coche á Saint-Vast, almorzó en la mesa redonda y en mitad de un va y ven y de un ruido que le sirvieron de distracción, y luego bajó á la playa para pasearse delante del Casino.

Allí se hallaba después de un cuarto de hora, viendo jugar los niños que se entretenían en atacar una fortaleza levantada con arena, cuando una exclamación ahogada le hizo alzar la cabeza, y no sin una violenta sorpresa, á dos pasos de él, y como retenida por una fuerza superior á su voluntad, reconoció á la señora de Descharmais. Estaba muy pálida y tenía los ojos humedecidos; se movió como para alejarse, bajó la frente é hizo

un ligero saludo con la mano: él no tenía más que devolverle el saludo y dejarla marchar; mas una angustia inexplicable se apoderó de su alma al pensar que la joven iba á desaparecer de su vista, avanzó hacia ella y disimulando su emoción le dijo sonriendo:

— ¡Qué! ¿es usted Ana? ¿por qué casualidad se halla usted aquí? ¿no habita ya en Granville?

La viuda quedó un momento sin responder, y la agitación de toda su persona, el temblor de sus manos y la turbación de su mirada explicaban con toda amplitud su silencio. Al cabo, respiró con fuerza, como un ser que vuelve á la vida, su semblante recuperó sus colores y con una voz casi ininteligible pudo al fin contestar:

— He venido aquí para asuntos de intereses... Habito siempre en Granville... ¿Y usted, Santiago?

Al pronunciar este nombre dos lágrimas rodaron por sus mejillas, quedando inmóvil y llorando delante del hombre á quien había adorado y á quien confesaba, con su sobrecogimiento, amar bien tiernamente todavía.

Santiago le tomó una mano, sin que ella pudiese resistencia, diciéndole:

— ¿Quiere usted que paseemos un poco, Ana?

Ya que la casualidad nos ha reunido, ¿no piensa usted que debemos aprovecharla en conversar un rato? ¿Tiene usted alguna ocupación que se lo impida, ó lamenta usted haberme encontrado?

La joven se puso encarnada y le respondió:

— Soy tan libre como antes y nadie tiene el derecho de tomarme cuentas: hasta las tres de la tarde no regresaré á mi casa, y no puedo sino celebrar mucho la dicha de este encuentro: si he tratado de alejarme ha sido porque temía importunarle ó que á usted le desagradara mi presencia.

— ¡Ay, Ana, soy tan desgraciado, que nada puede ya contrariarme, y estoy tan abandonado, que nadie puede inquietarse por mí!... Pero su presencia me es dulce — créalo usted — porque me trae á la memoria una época en que yo era menos desdichado...

La señora de Descharmais le escuchó con la frente baja y las cejas arrugadas, y luego le contestó moviendo la cabeza:

— Sí, ya sé que usted ha sufrido mucho... El eco de su desgracia llegó hasta mí dolorosamente...

El recuerdo de la sumaria de que la joven

había sido objeto, se presentó á la memoria de Prévinières : éste sintióse abochornado de aquel proceder, contemplando ahora el dulce y tranquilo semblante de Ana, porque no podía comprender que se hubiera sospechado de ella, ¡tan buena!... ¡tan linda!... ¡no!... ¡la señora de Descharmais no revelaba en su fisonomía nada absolutamente de la mujer criminal!

En este momento la vendedora de flores del Casino pasó por el lado de ellos con un cesto completamente lleno, y ofreció á la joven un ramo de rosas : ésta lo rehusó dulcemente, mas como la florista insistiera, Santiago tomó un sencillo ramillete de violetas, y alargándoselo le dijo con una melancolía profunda :

— ¡Esto únicamente fué lo que usted me permitió ofrecerle cierta vez : es como un símbolo de despedida ; acepte, pues, estas flores, que quién sabe si no nos volveremos á ver nunca !

Ante esta alusión tan directa á la ruptura, Ana palideció, sus ojos se enrojecieron, y tomando el ramillete se lo prendió en el talle. Luego continuaron paseando sin hablar, pero muy embarazados ; tal era el mundo de cosas que tenían que decirse ; pero ni sabían por donde principiar, ni

siquiera se miraban sino á hurtadillas, aunque con un placer extremo.

Ana encontró cambiado á Santiago : había enflaquecido, tenía los ojos hundidos, llevaba toda la barba y le pareció de aspecto más grave, aunque siempre con sus buenos ojos y su hermosa sonrisa. Además, le parecía extremadamente sincero, y por su parte, no hallaba en su corazón rastro ninguno de resentimiento : en un instante sintió acrecentarse la locura amorosa que experimentaba por el joven, y pensó que si á éste le convenía llevarla á su casa y retenerla allá, lo seguiría sin la menor resistencia ni temor ; al contrario, muy dichosa, tan dichosa como ella misma no podría expresarlo.

Cuanto á él, la hallaba tal como la había dejado : el aire tranquilo y dulce, tierna, cariñosa, y en los modales aquella misma elegancia sostenida y un tanto osada que le había seducido desde el primer día que la vió. Ahora lucía un gracioso sombrero de paja adornado con florecillas azules, que daba á su cabellera rubia un tono encantador, y por rara coincidencia, llevaba un vestido de viaje de lanilla plateada que la hacía aparecer más que nunca la dama vestida de gris.

Á Prévinières no dejaron de llamarle la atención todos estos detalles, al par que le asustaron: volvieron súbitamente á su imaginación todas las impresiones que había tenido cuando descubrió el pasado de la señora de Descharmais, y se la representó emprendedora, calculista y temible por el ascendiente que era capaz de conquistar sobre las voluntades. Ya una vez se había desligado de ella porque temió ceder á su influencia, ¿y podía ahora — que nada le producía atractivo — lanzarse en aventuras que había rehuido valerosamente cuando todo le incitaba á afrontarlas?

Y después se preguntó: — «¿Qué dirá Dauziat si á su regreso me encuentra apoderado por Ana?» Pero al momento se defendía él mismo con esta cobarde respuesta: — «¿Por qué me dejó solo?»

Mas por un cambio brusco en sus reflexiones, se dijo que después de la espantosa catástrofe que tanto había trastornado su vida, no iba á degradarse abandonándose á debilidades incomprendibles; y ante esta evidencia sintió tal amargura, que tornóse melancólico y su semblante sombrío como el mar agitado bajo un viento tempestuoso.

Ana hubo de observar esta violenta transforma-

ción, aunque no pudo comprender la causa; á su vez se entristeció, y al momento en que algunas palabras de más hubieran sido suficientes á disipar la contrariedad que los separaba todavía, se volvieron, y mortificados, como si se hiciesen daño, marchó el uno cerca del otro sin hallar nada que decirse.

Emplearon en banales entretenimientos el tiempo que se les ofrecía lleno de promesas y de satisfacciones, y un poco antes de las tres de la tarde Ana le pidió á Santiago que se dirigiera hacia la estación: éste la acompañó hasta el tren y la colocó en el coche con tanta frialdad, que luego él mismo se acusaba de haber llegado hasta la exageración.

Como tendiera la mano, de pie sobre el estribo y al instante de dejarla, por un movimiento á la vez dulce y fuerte, ella lo atrajo hacia sí, y palideciendo de doloroso deseo, lo besó en plena boca.

El compartimiento se hallaba vacío, nadie lo veía, y Santiago estuvo tentado de apoderarse de Ana, oprimirla contra su pecho y pagarle sus besos; mas quedó un momento indeciso, y en esto se aproximó el empleado para cerrar la puerta.

La joven le dijo con voz palpitante y como interrogándole :

— Ahora, ¿adiós, Santiago? Á lo que él le respondió.

— Adiós, Ana.

Pero la joven tuvo la amorosa debilidad de agregar :

— Nosotros estamos aquí á dos horas solamente el uno del otro...

El tren partió : Santiago le hizo con la mano una señal como de última despedida, y ella delirante contestóle con un signo que parecía significar :

— ¡Ven!...

Después, todo desapareció entre el humo de la locomotora y el polvo del camino, y Prévinquières volvió á hallarse solo : tomó un carruaje, y como si soñara despierto regresó á su morada, donde pasó la prima noche rumiando su aventura, hallando que su habitación se le presentaba más vacía y más desagradable que la víspera, y renegando de la ausencia de Dauziat.

Á la mañana siguiente se despertó dominado por ideas lúgubres. El viento norte había traído la lluvia, y un manto gris se extendía sobre

la playa : los periódicos llegaron, pero tan faltos de interés, tan pálidos, tan vacíos, que tal parecían que todos los redactores estaban en baños ó en el campo, y que los artículos y noticias los habían escrito los criados de las redacciones. Almorzó mal y luego se encerró en su habitación para hacer por ocupar el tiempo durmiendo.

Extendido sobre uno de aquellos cómodos sillones en que había pasado horas tan agradables charlando con Mauricio, cerró los ojos y llamó al sueño; pero fué en vano : nunca se había despertado tan temprano, y se decidió á fumar en espera de que así vendría al fin esa inmovilidad particular, esa inercia precursora del sueño; mas inútil tentativa también : entre las azules nubes vió aparecer el semblante encantador de Ana, y aunque pretendió alejar de sí esta visión, no pudo conseguirlo. Pensaba que en su situación, con un luto tan reciente, sería carecer de toda dignidad el ocuparse de una mujer : pensaba también que debía estar completamente consagrado á su dolor, y no buscar ninguna diversión ni atractivo. ¡La pobre víctima, que hacía tan corto tiempo que había desaparecido, y ya él iba á consagrarse á galanteos y amoríos!... Se avergonzó de su

debilidad y resolvió no ver nunca más á Ana.

En suma : la víspera él había estado correcto y todos los avances habían venido de ella; harto sabía que lo amaba, y que sólo una palabra pronunciada por él era suficiente para que todo lo que la joven conservaba de agravio fuera borrado.

Pero esta palabra él no la había dicho ni quería decirla, y en el fondo de sí mismo experimentaba la satisfacción y la pesadumbre. Sí, Ana estaba muy tentadora y le haría olvidar su tristeza y su pena; pero justamente porque no quería olvidar era por lo que no quería verla otra vez. ¿La víspera, á dos pasos del suicidio, impulsado por el hastío de la vida; y al otro día, entusiasmado con todo el goce de vivir con una encantadora querida? ¿Era esto digno de él y podía conducirse de esa manera?

Una voz misteriosa se elevaba ahora, defendiendo la causa de la desdenada :

— « Ella es muy bella, muy amante y muy adicta, y te devolverá una parte de la dicha que has perdido. Desesperabas de poder ser amado todavía, de hallar una mujer que no huyera de ti por la lúgubre impresión de tu duelo y por el lamentable recuerdo del crimen, y he aquí justa-

mente una que viene ante ti con los brazos abiertos, el semblante sonriente y decidida, á no ver nada más que aquello que es dulce, favorable y seductor. Aquí tienes las compensaciones que te prometía tu amigo y de las que dudabas lleno de abatimiento : no es una quimera, es la realidad, y la que te la trae no es un espectro como esa que lloras, sino una criatura viva y que te hará revivir. ¿Te negarás á acogerla? ¿dónde encontrarás otra, si desdeñas á ésta? Y si la encuentras, ¿valdrá tanto por el mérito de su alma y por el de su belleza? ¡Nada de formalismo estrecho; nada de pueril puritanismo! No debes preocuparte más que de ti y no contar para nada con los otros, pues ni llorarán por ti ni te darán la dicha. Aprovecha la ocasión tentadora, que tal vez no vuelva á presentarse. ¿Estás loco? ¿vas á sacrificar tu satisfacción real á las vanas tradiciones de la etiqueta? ¡Ana te llama, Ana te espera : corre á encontrarla! »

Y compartiendo entre su deseo y la razón, combatido por su pasión y retenido por sus escrúpulos, pasó el día entre dudas dolorosas, pero sin ceder al demonio que le arrastraba al lado de Ana. Vino la noche, y pensó que dentro de dos días Dauziat estaría de regreso, y á quien relataría su

aventura, le participaría sus dudas, le constituiría árbitro de su situación y seguiría ciegamente el consejo que recibiera de su amigo. Con estas seguridades hubo de serenarse, porque á su espíritu inquieto faltaba un punto de apoyo, y cesando de debatirse en el vacío, empezó á recuperar la fuerza.

Comió mal y haría una hora que se paseaba sobre la arena, cuando un criado vino á buscarlo para decirle que alguien lo solicitaba.

— ¿Quién es? preguntó Prévinières.

— Señor, es una señora...

— ¿Una señora?... ¿qué señora?...

— No la conocemos.

Santiago no dudó ya, sino al momento dijo para sí: — « Esa es Ana. » Mas como no podía emprender la fuga, se decidió á afrontar su presencia. Lentamente volvió á su casa, pero desde lejos apercibió delante de la puerta la silueta de la visitante, que no era otra que Ana. Iluminado por el sol que moría, su semblante se presentaba rosado bajo su velito blanco. Sentada en un banco esperaba tranquilamente, hasta que viendo aproximarse á Santiago se levantó y fué deliberadamente hasta ponerse delante:

— ¿Se extraña usted de verme? dijo sonriendo.

¿Un poco importunado quizás?... Pero he venido á Avranches, y como me hallaba tan cerca de usted, tuve la curiosidad de ver cómo se encuentra usted instalado... Esto es muy lindo, y las gentes de aquí parecen buenas... Esto es tranquilo, y estoy segura que para usted no existirán veinte personas desconocidas en este lugar...

Santiago, que la había escuchado un poco aturdido, se juzgaba un necio por no mostrarse más atento, dejándola charlar en el vacío: la hizo sentar instalándose á su lado, y como en ese momento sonaran las ocho en el campanario de la iglesia, le dijo:

— Pero me he olvidado de preguntarle si ha comido...

— Sí, sí, en el hotel, en Avranches, antes de partir.

Ana estuvo un momento silenciosa, y luego, con un aire de inquietud, le interrogó:

— ¿Su amigo Dauziat no ha vuelto?

— No, no regresará antes de dos días.

Esta seguridad pareció librar á la señora de Descharmais de un gran peso: respiró con más fuerza y se puso á reir nerviosamente:

— Convengamos en que usted se halla verdade-

ramente embarazado con mi visita. Es verdad que yo debí haber esperado á que usted diese el primer paso; mas es la casualidad la que lo ha decidido: no podrá imaginarse cómo me he vuelto una viajera: por esto ó por aquello, salto al tren y voy en vez de escribir. De aquí á Granville no hay más que hora y media de trayecto, y en partiendo á las diez, estoy acostada á las doce; pudiera decirse que se ha estado en el teatro... Usted me ofrecerá una taza de té antes de irme, ¿no es cierto?

El joven se deshizo en protestas y ofrecimientos, y como ojos extraños los observaban un poco, ofreció á Ana instalarse en el balcón. Entraron, treparon por la ancha escalera de madera y llegaron al apartamiento común á los dos amigos. En el salón Ana dejó su capa y su sombrero.

— ¿Es aquí donde su amigo trabaja? preguntó señalando la mesa cubierta de papeles... ¿Y allá es donde usted sueña? agregó maliciosamente á la vez que indicaba un canapé.

— Justamente, respondió Santiago.

— Yo... desearía mejor colaborar con usted que con él...

— ¿Por el ensueño, ó por el canapé?

Ella le tocó graciosamente con la mano en la mejilla, diciéndole:

— ¡Vamos, Santiago, no sea usted loco!

Pasaron al balcón y se colocaron frente al mar, que enverdecía bajo los primeros claros de luna, presentando sus largas y pesadas ondas cubiertas de sombras y sus crestas de espuma resplandeciente: un ruido sordo y rítmico acompañaba el va y ven de las oleadas que se rompían sobre la arena, y á cuyo rodar continuo se llenaba el oído, languidecía el alma y el tiempo iba transcurriendo insensiblemente.

Así permanecieron, el uno junto al otro, dominados por una turbación creciente y sin pronunciar una sola palabra; mas si hubieran dicho lo que pensaban, hubiesen expresado el deseo que brota y se enciende en aquellos cuyos cuerpos se ven muy en contacto y palpitanes. En esa bella noche de verano, tibia, dulce, luminosa, sintiendo el olor del follaje de la viña virgen agitado por la brisa y cubiertos por las tranquilas y brillantes estrellas, los dos se sentían quemar por antiguos ardores en un instante vueltos á encender: no se atrevían á mirarse temiendo expresar demasiado

con los ojos; sin embargo, escuchaban hasta los suspiros más débiles jadear en sus pechos, y los latidos de sus corazones que palpitaban con fuertes y sordos golpes que sentían subir hasta la garganta.

La mano de Ana, bien fuera intencionalmente, bien por casualidad, tropezó con la de Santiago sobre la esquina de la balaustrada, y sus temblorosos dedos se entrelazaron con los de aquél: un vago y comprimido sollozo se escuchó, y al volverse el joven hacia ella la vió pálida, los ojos llenos de lágrimas y los labios agitados por una sensación voluptuosa. Quiso hablarle, disipar su turbación deliciosa y páfida; mas el tiempo le faltó hasta para pronunciar una sola palabra: Ana, desfallecida, indefensa como la flor que troncha y arrastra el huracán furioso, cayó en los brazos de Prévinqüières.

Aquella noche no regresó á Granville.

## IV

Cuando Dauziat volvió de París, al llegar á la estación apercibió á su amigo que le aguardaba sobre el andén y que le abrió la puerta del compartimiento. La cara de Santiago le pareció singular al literato, quien al momento le interrogó:

— ¿Todo va á tu gusto? ¿estás bien de salud?

— Sí, respondió Santiago; ¿y tú estás satisfecho?

— Hay de todo, bueno y malo: tendré la distribución que he pedido, menos Champagnol, que el director no ve en un papel joco-serio... ¡Como si ese admirable comediante no pudiera abordar todos los papeles!... Él es acérrimo partidario de los grotescos, de los payasos y bufones perpetuos... ¡Es una desgracia, al fin!... ¡Ah! aquí se respira, pero París es una infección... No se riegan